

Contenido

Epilogo \ 161

Album regionmontano \ Alfredo Zapata Guevara \ 123

Monterrey y la cultura del school \ Arnulfo Vigil \ 139

Vestida y alborotada \ Armando Hugo Ortiz G. \ 129

México \ 109

El huracán Gilberto en Santa Catarina \ Julio César Méndez \ 109

Monterrey 400, modelo para armar \ Joaquín Hurtado \ 99

La primera vez que vi tu cara \ Genaro Huacal \ 83

La ruta de los beberrones \ David González \ 63

Gómez \ 47

Un tour por las «Fulguras» de Monterrey \ Gerson Gómez \ 47

Notas falsas como el futuro \ Romualdo Gallegos \ 41

Mercados populares \ Margarito Cuéllar \ 29

Perfiles de Monterrey \ Guillermo Berrones \ 19

Monterrey: su adolescencia \ Andrés Amaro \ 9

Monterrey, espejo nuestro \ Celso Garza Guajardo \ 7

Monterrey, espejo nuestro

Es indiscutible que la ciudad aporta una variedad de temas, no todos tratados en esta obra, que enriquecen el tránsito cotidiano. De igual manera otras voces no están presentes. Pero este no es un libro total sino una primera propuesta que aspira a introducir un Monterrey que se arma desde ópticas a veces contrastantes.

La ciudad es sueño y vivencia de muchos. Adentrarse en ella es encontrar rostros desconocidos y rasgos que de alguna manera nos son familiares.

● Por qué un libro como éste? Creo que *Monterrey, espejo nuestro de cada día*, responde a una visión amplia de ciudad. Su conformación permite registrar la memoria viva de una metrópoli que cumple 400 años.

En esta obra 12 autores regionmontanos interpretan Monterrey desde perspectivas y alcances a veces contrastantes entre sí. El cronista, como espejo de la ciudad, configura cuadros llenos de paisaje urbano. Al final un epílogo nos indica que en el siglo pasado la crónica era ya una realidad, una manera de deletrear y amar la ciudad.

Personajes ciudadanos, mercados populares, cantinas, centros comerciales, calles, modos de ser, catástrofes naturales y hasta la nota roja forman parte de esta galería de espejos en la que Monterrey emerge en sus rostros múltiples.

A su modo nuestros cronistas urbanos aman también Monterrey, ciudad de contrastes y pretensiones, de grandes visiones y empresas de largo alcance. Al dibujarla, a veces con rostros poco agraciados, no hacen más que hacerla más nuestra, más nítida, más transparente y más real.

Andrés Amaro, Guillermo Berrones, Margarito Cuéllar, Gerson Gómez, David González, Joaquín Hurtado, Julio César Méndez, Armando Hugo Ortiz, Arnulfo Vigil, Alfredo Zapata Guevara, Romualdo Gallegos, Genaro Huacal y Daniel Ci-

fuentes, aportan su testimonio y enfrentan el reto de homenajear lo que se quiere porque a diario se vive.

Es indiscutible que la ciudad aporta una variedad de temas, no todos tratados en esta obra, que enriquecen el tránsito cotidiano. De igual manera otras voces no están presentes. Pero este no es un libro total sino una primera propuesta que aspira a interpretar un Monterrey que se arma desde ópticas a veces contrapuestas.

La ciudad es sueño y vivencia de muchos. Adentrarse en ella es encontrar rostros desconocidos y rasgos que de alguna manera nos son familiares.

Celso Garza Guajardo

Monterrey: su adolescencia

El carácter emprendedor, la franqueza como manto ético, el acento de habla decantado en la frase «l'iñor» y en la voz prototípica de Eduardo González «Piporro», un platillo (el cabrito), una montaña semidepredada (el Cerro de la Silla), y el pago puntual por el costo de una acusación nacional (¡tacaños!), han participado con mérito desigual en el establecimiento de la identidad de los habitantes de Monterrey.

Todos esos elementos y símbolos se desarrollaron a la sombra de una frustración: ser provincia.

Un empeño, «el engrandecimiento de la ciudad», prohió por otra parte una suerte de perfil deseable del regiomontano: enérgico y probo; modelo en la vida privada, ejemplar en la vida pública; trabajador, jamás sabe lo que es el descanso.

Esta cultura de la unanimidad convulsiona desde hace varios años.

La masificación y el anonimato propios de una ciudad metropolitana, la crisis económica, el incremento de la población, la emergencia de un pragmatismo socialmente validado, la inmigración por la que sólo en Monterrey el 25 por ciento de los habitantes es originario de otra entidad, la emergencia de grupos sociales distintos del empresariado tradicional y la diversificación misma de la Iniciativa Privada, más interesada en hacer negocios que en tutelar a la sociedad, han acompañado ese deterioro.

Andrés Amaro

Fue un valor entendido suponer que el presente era una continuación, en línea recta, de la tarea constructora emprendida por don Diego de Montemayor y las doce familias que fundaron la Ciudad Metropolitana de Nuestra Señora de Monterrey hace 400 años.

Cada quien sabía lo que tenía que hacer.

No obstante, en ese sitio de las certidumbres se ha acomodado un revoltijo, donde los sacramentos coexisten con los antiguos pecados.

«Quiero vivir mi propia vida», dice la cantante Gloria Trevi.

Sin duda alguien pudo haberlo dicho antes, pero ello no le condujo al éxito.

¿Cuáles fueron los detalles de acabado de estas conductas e ideas compartidas y cuáles los hitos de su menoscabo en tan propositiva única?

¿Mezquinos o ahorrativos?

Estación Unión. 28 de septiembre de 1934. Noche.

Procedentes de la hacienda Soledad de la Mota, el general Plutarco Elías Calles y el presidente electo Lázaro Cárdenas, aún lejos de la inquina que compartirían, llegan al andén.

Encabeza la recepción el Comandante de la Sexta Zona Militar, Juan Andrew Almazán, quien ha ofrecido ya a la vista del público retazos de la ambición que le llevará a disputar la Presidencia desde la oposición en 1940.

Al día siguiente, en la Meseta de Chipinque, el militar celebra una comida para cien personas en honor de los huéspedes.

Son las dos y media de la tarde. Ahí están el gobernador Pablo Quiroga, el ingeniero Plutarco Elías Calles (alcalde), los directores de las escuelas universitarias y magistrados.

Cuando el banquete concluye, Almazán conduce a los invitados a su casa en Las Delicias, un paraje cercano. De paso,

les muestra la carretera que ha mandado construir para el ascenso a sus propiedades.

Hay un viento frío. El auto en que viajan se detiene varias veces en el trayecto, y los pasajeros descienden para admirar el paisaje boscoso.

En uno de esos intervalos, Calles, sinuoso como la carretera que observa, dispara:

—Es un esfuerzo que no merecen los ricos de Monterrey.

Será una bala perdida. La primera.

Al llegar a Las Delicias, los tres militares, Almazán, Calles y Cárdenas, recorren los alrededores de la casa, estilo colonial californiano, de reciente construcción.

Tras permanecer sentados quince minutos frente al fuego de la chimenea de la sala, los personajes se disponen a abandonar la casa a las seis de la tarde. Entonces, dos periodistas, Gustavo M. García y J.M. Powells, interceptan a Calles.

—Los periódicos no tienen el valor de publicar lo que yo diga— reta éste.

—Sí.

Le cuestionan entonces sobre un conflicto estudiantil local, para cuyo finiquito tajante los así llamados «elementos revolucionarios» han pedido autorización.

—Todo —interpreta el general— ha sido provocado por los frailes y judíos capitalistas que hay en Monterrey. Son los que han creado esta situación de intranquilidad.

Incorporado a la plática por el propio Calles —«¿qué opina, general?»— Lázaro Cárdenas dice:

«Efectivamente, aquí abundan los judíos, gente que ha estado en todos los partidos políticos y en todos los grupos armados, befriendo hoy lo que creyeron ayer».

Acaba la entrevista.

Para algunos, las acusaciones que dieran forma al prestigio de la tacañería regiomontana se habían referido sólo a un fragmento de la sociedad. Según muchos, se trataba de una adver-

tencia indirecta al general Almazán y no tenía un destinatario colectivo. Otro más indicaría que el objetivo era doble.

Lo cierto es que la imputación marcó la definición que, en chistes y ocurrencias, elaboró el país acerca del espíritu de los ciudadanos de Monterrey.

Así, era explicable que cuando, años después, el matador Lorenzo Garza, «El Ave de las Tempestades», obsequiara un toro desde la arena, el cronista de radio dijera:

—Esto es algo extraordinario, siendo Lorenzo de Monterrey.

El 25 de enero de 1942, un grupo de empresarios encabezado por el presidente de la Cámara de Comercio e Industria de Monterrey, Hernán Sada Gómez, se entrevistó en la ciudad de México con el Presidente Manuel Avila Camacho.

Apenas concluido el encuentro, se generó la especie, asida a dos manos entre la ficción y la anécdota.

Al ordenar el Presidente que se sirviera un banquete a la delegación regiomontana, el Secretario de Economía, contagiado de la templanza presupuestaria de los convidados, habría salido presto a efectuar una gira por las tiendas de abarrotes capitalistas para, en la comparación, encontrar los mejores precios.

No pocos mexicanos formularon una idea acerca de la vida cotidiana de Monterrey a través de los chistes de los que era materia. La incriminación, así, se adhirió a cada referencia sobre los regiomontanos. Ellos siempre rechazaron el cargo, si bien ninguno estuvo dispuesto a gastar nada en desmentirlo.

La prosperidad, local; la miseria, importada

Para el inicio de la década de los cincuenta, la sociedad regiomontana tenía señaladas ya cuatro plagas que hollaban esa «tierra linda y sultana»: braceros, mariachis, mendigos y puesteros.

A la alarma le antecedían apreciaciones como la del general Eulogio Ortiz, Jefe de las Operaciones Militares en la ciudad, aunque natal de Chihuahua.

«En Monterrey —aseguraba— no hay un solo limosnero, porque tanto el gobierno como los hombres de negocios abren factorías, fomentan las industrias y levantan fincas urbanas. Bajo estas condiciones, sería un sarcasmo encontrar vagos o limosneros».

Y si no un sarcasmo, por lo menos una broma de pésimo gusto.

Si la miseria no es una condición socioeconómica, entonces es un accidente de la moralidad, una consecuencia natural de la falta de vergüenza.

La ciudad ya se ve a sí misma, en esa época, como la meta de todas las aspiraciones. Y a los braceros que, provenientes de otros estados del país deambulan por las calles a la espera de ser contratados por granjeros norteamericanos, como el factor que distorsiona el paisaje.

Se les reprocha su desaliño y la inactividad propia de cualquier desempleado pero interpretada como tendencia irremediable a la pereza.

A la percepción de su desdoro, se suma la presunción sobre su **baja condición moral**, su **nula cultura** y, herejía de la civilidad, su cortedad de miras.

En otras palabras, los braceros constituyen la antítesis ambulante del visionario.

Mientras caminan o yacen en los linderos de las vías de ferrocarril, en la orilla norte de la ciudad originaria, se dejan distraer por la preocupación de encontrar trabajo, en lugar de pensar que deben estar presentes en la consecución de los más altos destinos de la patria.

Solos y en zozobra, generan el despegue definitivo de un tipo de oferta problemática: la del comercio informal. En el barrio **El Nacional**, ante un mercado cautivo de braceros y mariachis de guitarrón terciado, los puesteros se multiplican y elevan el precio del plato de frijoles a un peso con cincuenta centavos. Y caldudito.

La condena no consiste sólo en un prurito estético-moral.

Para la sociedad regiomontana, la presencia de **otros** mexicanos, virtualmente dotados de extranjería, es peligrosa. Y no sólo porque pretendieran vivir al cobijo de un programa al que no han contribuido, sino porque merced a su carencia de iniciativa podrían detenerlo.

En el esquema, recurrente durante los conflictos de las zonas marginadas en los sesentas, la prosperidad reivindica su origen vernáculo. Los ingredientes contradictorios son forasteros. Y la inmigración masiva, el caballo de troya del pesimismo y la indiferencia tan dañinos para la productividad.

Momentos críticos

1. «Hay una frase de uso común entre nosotros y que sirve en ocasiones de disculpa para nuestra falta de equidad... Cuando se dice **negocios son negocios** podría jurar que allí hay una injusticia, que hay una acción que no se quiere clasificar instintivamente en la esfera moral, porque resultaría oprobiosa, y por eso se deja aparte».

Don Joel Rocha, hombre de su tiempo, hace la advertencia en el mediodía del tres de abril de 1941. Lo escuchan miembros del Club Sembradores de Amistad en el Casino Monterrey.

Del brazo de su intención por rectificar un camino que percibe equivocado, sospecha la proximidad del fin de una filosofía empresarial. Ésta cimentaba hasta entonces el liderazgo moral del sector. Y en ella abrevaban también conceptos tan caros como la franqueza (indicador del elevado precio de la palabra empeñada) y la solidaridad.

2. Había, en 1940, una pregunta manida que entrañaba, sin embargo, la elección de los iconos a través de los cuales la ciudad buscaba confirmar que su grandeza era equivalente a su contribución al Producto Interno Bruto:

Cuando un amigo o familia visita Monterrey por primera vez ¿qué lugares le recomiendas visitar?

Entonces, las calles comerciales, los barrios residenciales, el Círculo Mercantil, el Palacio Federal, el Hospital Muguereza, el Casino Monterrey... y las fábricas, «crisol de nuestros afanes», formaban parte de la constelación en la ruta crítica de la identidad.

Hacia el inicio de los ochenta, el concepto revalidó su razón de ser en la construcción de la Macroplaza, «la más grande del mundo».

Cintermex, el complejo edificado en los terrenos de la antigua Fundidora Monterrey, no sería mundialmente el centro de negocios de mayor amplitud, pero sí «el más importante de América Latina».

Precedida por una cultura del recato que desdeñaba el «apantalle» atribuido a los palacios porfiristas, la ciudad empezaba a expresar la percepción de su grandeza y de la pujanza de quienes la dirigían en la monumentalidad de sus espacios públicos.

Ha sido de esta manera que el espíritu colectivo ha transitado la arquitectura contemporánea por una vía preferencial: el tamaño.

3. Los deportistas, Clemente Sánchez y Francisco Javier «El Abuelo» Cruz, distanciados por las fechas de su respectiva plenitud, coinciden no obstante en el mecanismo social de su éxito: ambos son catapultados desde la carencia.

Sánchez abandona la Jefatura de Créditos y Cobranzas de la tienda El Boulevard («Paso a paso, despacito»). Con la anuencia y apoyo del propietario, don Arturo Elizondo Dávila.

«El Abuelo», a su vez, emerge de las que fueran originalmente las goteras de la ciudad.

Ambos sin embargo, protagonizan acontecimientos sociales puntualmente opuestos.

Campeón mundial de los pesos pluma cuando nadie apostaba por él, Sánchez Xicoténcatl es aclamado por diez mil personas que lo reciben a su regreso de Japón, el 22 de mayo de

1972. El alcalde lo declara «Ciudadano Distinguido». El Presidente de la República le llama por teléfono para felicitarlo.

Menos de seis meses después, su derrota ante el cubano José Legra (promedio de una caída por asalto) en la Monumental Monterrey le hace ganar un estruendoso abucheo del que no se recuperará nunca.

Hasta aquí la ciudad enaltece el triunfo y difícilmente perdona la derrota.

Sábado 21 de junio de 1986. Otra historia. Agonía de la contienda entre las Selecciones de México y Alemania por el pase a la semifinal del Mundial de Fútbol. En serie de penalties, Fernando Quirarte invierte toda su angustia en un disparo a media altura y por el centro que termina el viaje en el pie izquierdo del portero alemán Schumacher.

—¡Chinnn...!— se escucha en el Estadio Universitario. Unos lo dicen; otros nada más lo sienten.

Pero después todos van a la Macroplaza. Es una noche de cerveza, caravanas de autos y tolerancia policíaca. La ciudad ostenta y festeja una derrota que encuentra su mejor expresión plástica en las lágrimas derramadas por «El Abuelo» cuando el partido había terminado y la esperanza era ya un nido de escombros.

* * *

Los regiomontanos siguen siendo emprendedores. Pero ya no compensa su esfuerzo un canto para sus glorias.

Desdeñan la épica. Y, siempre que se puede, también la austeridad: la reinversión ya no es el pozo donde se entierran vivos los deseos; una buena parte de los excedentes son empleados en divertirse.

En su afán de imaginarse cosmopolita, Monterrey abrió posibilidades lúdicas. A regañadientes, aceptó largas cabelleras masculinas, hot pants y minifaldas en los setentas. Y es

que no es lo mismo ser «una descocada» que un maniquí de Mary Quant.

No hace tanto, la vida personal fluía a la sombra de un anhelo imprescindible que hoy no tiene que conformarse con el uso de las horas muertas: «Si no me olvidas, siempre felices seremos los dos» (Canción **Morenita Mía**, maestro Armando Villarreal, 1922).

Todo ello no cambiará el pasado. Pero sí marcará líneas de expresión en el rostro del futuro de una ciudad múltiple a pesar de sus sonrojos.

Monterrey tiene una T como símbolo divino que se alza entre montañas y sierras más allá de la esterilidad del desierto de aridoamerica. Ciertamente un oasis paradisiaco en el noreste de México. Y si en el paraíso bíblico fue imposible a los deseos de la carne y a las bondades de la pasión, los adanes y las evas de esta ciudad metropolitana de Nuestra Señora de Monterrey estamos exentos de impuestos pecatoriales.

Nuestra ciudad no cuenta con un pasado de pirámides y dioses de granito. No tuvimos serpientes emplumadas ni códigos lingüísticos cargados de espantosas X. Los pocos nativos bravos y cerreros, perecieron ensartados en las lanzas españolas o despanzurrados por el filo oxidado de las espadas de los robotines gallegos y andaluces. A nosotros no nos alcanzó la maldición de la Malinche. Somos de ascendencia ibérica. Somos puros. Fueros cabrones que nos la hemos pasado haciendo billetes a costa del que se deje explotar, creando cementos, vidrios, del vidrio y aceros para formar la nueva burguesía regia. Y ya no lo sigo por no semejarle al otro extremo del hilo: al de los caudillos rojos de la clase trabajadora.

Ese es el origen de nuestro Monterrey de las montañas de las fábricas chimeneas que escupen gargajos de hollín al cielo. Nos vuelven a caer en la cara. Es la ciudad que abre sus bragas al vecino del norte para que nos entre el frío.